

Un romance prohibido
y una aventura
inolvidable en la mágica
Bangladés

🌿 BÁRBARA GIL 🌿

NENÚFARES QUE
BRILLAN EN
AGUAS TRISTES

«Solo una flor tan bella como el nenúfar puede nacer en aguas estancadas».

Durante la fiesta de su decimotercer cumpleaños, Irina, hija del magnate gallego de la industria textil Ernesto Ferreira, se encuentra en la playa con un desconocido que le da un regalo: un amuleto capaz de cumplir cualquier deseo. Años después descubre que ese amuleto es la clave para sacar a la luz un antiguo secreto familiar celosamente guardado.

Siguiendo esa pista, Irina y Sagor, su hermanastro, deciden acompañar a Ernesto en un viaje de negocios a Bangladés. Allí contarán con la ayuda de Faisal, un joven bengalí por el que la joven empieza a sentir una irresistible atracción. El viaje la llevará a conocer la dura realidad de los trabajadores de las fábricas textiles, desvelará oscuros secretos de su pasado y pondrá su vida en peligro. Sin embargo, al igual que los nenúfares que nacen en las aguas estancadas, más allá del riesgo y la pobreza de Bangladés, Irina descubrirá la pasión del amor prohibido en un lugar repleto de magia y belleza.

Desde la ciudad de Dacca, donde conviven la miseria y la opulencia, hasta las exuberantes junglas de Bengala, *Nenúfares que brillan en aguas tristes* es una trepidante aventura en uno de los lugares más fascinantes del planeta.

*A veces pienso que somos los hijos
mimados de la Historia. Y que, porque
somos ricos, creemos que nunca
seremos pobres.*

*Esta novela está dedicada a la gente
de Bangladés y a la madre Tierra.
Nunca una madre con tantos hijos fue
tan desconsideradamente olvidada.*

Los personajes de esta novela, así como sus narradores, son ficticios y nada tienen que ver con ninguna persona viviente. Cualquier parecido con personas o situaciones reales sería casual. Si bien, algunos pasajes están basados en testimonios y hechos reales.

¡Cuánto tiempo nos han engañado a los dos!
Transmutados, escapamos ahora, deprisa, como escapa la Naturaleza.
Somos la Naturaleza. Hemos estado ausentes mucho tiempo, pero hemos vuelto:
nos convertimos en plantas, troncos, follaje, raíces, corteza;
nos acomodamos en la tierra: somos rocas,
somos robles, crecemos, uno al lado del otro, en los claros del bosque,
pastamos, somos dos en el seno de las manadas salvajes, tan espontáneas como cualesquiera;
somos dos peces nadando juntos en el mar;
somos lo que las flores del algarrobo: derramamos fragancias en los caminos por la mañana y por la tarde;
somos también la grosera tizne de las bestias, de las plantas, de los minerales;
somos dos halcones rapaces: volamos, escrutando la tierra;
somos dos soles resplandecientes, y los que encontramos el equilibrio, órbicos y estelares, somos como dos cometas;
merodeamos, cuadrúpedos, por la espesura, enseñando los colmillos, y saltamos sobre la presa;
somos dos nubes por el cielo, al amanecer y al atardecer;
somos mares que confluyen, somos dos de esas olas alegres que se entrelazan y se empapan mutuamente;
somos lo que la atmósfera: transparentes, receptivos, permeables, impermeables;
somos nieve, lluvia, frío, oscuridad, somos todo lo que el globo produce, y todas sus influencias;
hemos descrito círculos y más círculos, hasta llegar a casa los dos, de nuevo;
lo hemos invalidado todo, excepto la libertad y nuestra alegría.

WALT WHITMAN,

«¡Cuánto tiempo nos han engañado a los dos!»

PRIMERA PARTE

*Creo que una hoja de hierba no es menor que el camino recorrido por las
estrellas,
y que la hormiga es asimismo perfecta, como un grano de arena o el hue-
vo del reyezuelo,
y que la rana arbórea es una obra maestra para los encumbrados,
y que la zarzamora podría engalanar los salones del cielo,
y que la articulación más insignificante de mi mano ridiculiza a todas las
máquinas,
y que la vaca que rumia, cabizbaja, supera a cualquier estatua,
y que un ratón es un milagro tan grande como para hacer dudar a sextillo-
nes de descreídos.*

WALT WHITMAN, «Canto de mí mismo»

¡Yo no sabía entonces que el loto estaba tan cerca de mí, que era mío, que
su dulzura perfecta había florecido en el fondo de mi propio corazón!

RABINDRANATH TAGORE, *Gitanjali*

1

El paraíso de Sainaba

23 de abril de 2004

|

El 23 de abril solía ser un día alegre: el día de la familia. Pero ese año, Irina, la hija menor de los Ferreira, no se sentía precisamente feliz.

Los odio. A todos. Y a Santiago, al que más.

La chica clavó con rabia los dedos de los pies dentro de la arena, ofuscada, intentando afianzar el equilibrio. La parte dura, húmeda y fría se incrustó en sus uñas, pero le daba igual, solo quería perderse en la oscuridad de la playa privada de su familia; alejarse de las luces artificiales de las sombrillas de diseño, del fuego de la hoguera alrededor de la cual se recortaban las siluetas oscuras del grupo de chicos y chicas a los que habían invitado para celebrar su cumpleaños y el de sus dos hermanos aquel 23 de abril. Ese día, Sagor cumplía trece años, los mismos que ella tendría en tan solo unas horas, puesto que Irina había nacido solo un día después: el 24 de abril. Una ecuación que era posible porque Sagor era solo su medio hermano, fruto de una aventura de su padre con una mujer bengalí. Irina intuía que su madre, Elena, nunca le había perdonado aquella infidelidad porque aquel tema era un tabú del que apenas se hablaba en su casa, pero Ernesto Ferreira era un hombre muy conocido en España y la chica había leído en alguna revista cosas como que su padre había dejado embarazadas a dos mujeres a la vez. En cuanto a Lucas, el hermano mayor, cumpliría dieciocho el 30 de ese mismo mes.

Odio a mamá, ¿por qué ha tenido que empeñarse en que celebremos el cumpleaños todos juntos sí o sí? Hasta papá se lo ha dicho: «Estás enferma, no paras de toser, suspendamos la fiesta». Y a nosotros nos daba igual, pero siempre hay que hacer lo que ella quiere. La odio.

Las sienas le palpitaban y la brisa juguetona del Atlántico taponaba sus oídos, golpeaba su cara, enredaba sus bucles rubios y luego corría a mezclarse con el humo negro y ascendente de la barbacoa; con el aroma a carne quemada y a escamas; con el crepitar dulzón de las hojas de los eucaliptos que avivaban la combustión de la hoguera.

Los odio. Cómo los odio.

A medida que Irina se acercaba a la orilla, el ruido de las olas sustituía al de los hielos cayendo dentro de los vasos de plástico que enseguida se llenaban de ron y Coca-Cola, de whisky, de ginebra o de lo que fuera con tal de emborracharse y ser más atrevidos. Eso había pensado ella que le pasaría cuando se tomó un par de *whiskies* a escondidas con Sagor: que podría declararle sus sentimientos a Santiago, el mejor amigo de Lucas, y que él la besaría como tantas veces había imaginado. Pero, en lugar de eso, Santiago había soltado una carcajada:

—No me van las muñecas de porcelana, pareces de otro siglo con esos bucles. Además, eres una cría, solo tienes trece años, ¿estás loca?

Odio estos bucles y este vestido, y a mamá por hacerme llevarlo. ¡Y a Santiago!

Irina aceleró el paso al cruzarse con un grupo de chicos que también se habían alejado de la hoguera buscando un lugar junto a la orilla. Reconoció la voz calmada y ronca de su primo Breixo, que ya tenía diecinueve años y, aunque estaba estudiando Administración y Dirección de Empresas en Madrid, volvía muchos fines de semana a Vigo para estar con la familia. Su cabeza también destacaba por encima de las demás, en parte porque medía un metro ochenta y, en parte, porque no hacía como otros chicos de su edad,

que andaban agazapados como si les diera vergüenza ser demasiado altos. Breixo siempre llevaba el torso erguido. Sus hombros rectos tensaban la tela de la camisa de franela a cuadros azules y blancos que llevaba aquella noche. Emanaba confianza y seguridad en sí mismo y, por eso, gracias a que él se había comprometido a responsabilizarse de que los más jóvenes no bebieran, los habían dejado celebrar la fiesta en la playa mientras los padres charlaban y escuchaban música en los salones con vistas al mar del pazo.

Sus palabras sonaban precisas, serenas, aunque con una pizca de desdén:

—El atentado ha cambiado claramente el resultado de las elecciones. El 11-M, Madrid era un hormiguero en el que un gigante acababa de meter el dedo: la gente no podía pensar con claridad, los veías a todos por la calle con la mirada desconectada, sin saber a dónde ir, como si les faltara información a sus cerebros. Y así sigue media España, hay que ser muy tonto para elegir a Mr. Bean.

Todos asintieron.

Lo hacían siempre que Breixo hablaba, independientemente de lo que dijera, porque, como él mismo decía haciendo honor al significado latino de su nombre, «no se puede ser Breixo y mentiroso». Según él, nunca hablaba por hablar, ni reía por reír, ni hacía nada por hacer.

Irina sabía que hablaban del nuevo presidente del Gobierno, que lo llamaban así por sus cejas, pero en ese momento le daba igual la política. Le aburrían los temas de conversación de su primo, que la reprendiese si chillaba o contaba demasiados chistes o si practicaba saltos que acababa de aprender. Santiago sí que era divertido: le ponía música de grupos de los que ella nunca había oído hablar, le contaba los problemas con las drogas y otros chismes de los cantantes, o lo que hacían los chicos mayores en los macrobotellones que se organizaban en el parque. Y se llevaba las mayores broncas de los padres y de los profesores. Breixo, en cambio, sabía dar exactamente la imagen que

quería dar: tenía una sonrisa en arco encantadora, de dientes grandes, alineados a la perfección, y el pelo oscuro milimétricamente peinado hacia arriba, con más volumen en el centro y el toque justo de gomina para que pareciese ligeramente despeinado; la raya, casi invisible, a un lado. Pero a Irina todo lo que decía le parecía muy mascado y meditado, tan perfecto como su mentón definido y anguloso, en armonía con su rostro rectangular de mandíbula cuadrada que al resto de las chicas les parecía varonil e irresistible. Incluso había escuchado decir a su padre que Breixo había nacido para ser admirado. «Si no espabiláis, un día le acabará dejando el negocio a él», añadía Elena.

—Ha sido un error retirar las tropas de Irak —sentenció Breixo.

Y Santiago, que había aparecido de pronto, se metió en la conversación para increparle:

—Pues a mí me parece genial que la gente se manifieste por la paz, que no quieran ser parte de una guerra ilegal en la que están muriendo tantos civiles inocentes.

Breixo le dedicó una sonrisa de esas que sin hablar te dice claramente: «Eres un pobre imbécil».

E Irina se alegró.

Odio a Santiago.

Cogió una concha y la tiró todo lo lejos que pudo. Y empezó a correr hacia el lugar donde ella tenía una guarida secreta, dibujando en su carrera huellas oscuras que el agua del mar deshacía rápidamente. La playa privada de los Ferreira era un poco más grande que un campo de fútbol y se alejó bastante hasta que se encontró frente a la pared rocosa del acantilado que la delimitaba. Aunque llamarlo acantilado era una exageración, apenas tenía la altura de un edificio de tres plantas. A sus pies, amontonadas, estaban las gamelas de pesca de su padre y la piragua de Lucas. Esos bultos oscuros a Irina se le antojó que eran cinco osos bocabajo hibernando hasta el verano. Esquivó a

aquellas bestias dormidas, dando saltos, para no despertarlas.

Antes de llegar a la tercera, se detuvo.

Un grupo de chicas estaban orinando un poco más lejos, entre las rocas, en la que acababa de dejar de ser su guarida secreta. No querrían subir la treintena de escalones para hacerlo en uno de los ocho baños del señorial pazo de los Ferreira.

Apretó los puños.

¡Tendré que ordenar a uno de mis osos que se levante y las devore!

Pero, en lugar de eso, Irina se arremangó el vestido rosa de seda salvaje, corrió hacia el mar y avanzó hasta que el agua le llegó a la cintura. Dolía más que meter las piernas en un balde de hielos, pero ella aguantó, estoica, mientras contemplaba el camino plateado del reflejo de la luna llena sobre la superficie oscura del mar y mientras el alcohol que había ingerido salía y calentaba sus muslos dentro de aquella agua helada. Caminó un poco más hacia dentro y le pareció que la mancha de luz la seguía de forma inquietante, como si quisiera decirle algo.

Se detuvo.

¿Qué sentido tiene la vida?, le preguntó a la luna. ¿Quién soy, qué hago aquí?

Durante unos segundos, el luar, como llamaban los gallegos a ese resplandor de la luna, quedó prendido en sus pupilas.

Parezco tonta hablándole al cielo. La luna está sobrelorada.

Le tentó la idea de mojarse entera, pero la descartó cuando una ola la golpeó y casi le hizo perder el equilibrio. El agua caló la parte de debajo del vestido haciendo que el tutú perdiera volumen.

—¡Te vas a estropear ese vestido tan bonito, Irina! ¿Te encuentras bien?

Irina se giró.

Las usurpadoras de su guarida secreta estaban mirándola. También odiaba a esas chicas. No les gustaba hacer deporte como a ella, solo beber, y hablaban de chicos todo el tiempo. Al principio de la fiesta, las había estado espiando desde detrás de una de las sombrillas y le parecieron bastante tontas: aunque eran mayores que ella, habían organizado un concurso de belleza que había ganado Sabela, la líder del grupo, por unanimidad. Era morena y alta, con muchas pecas y unos enormes ojos azules. Irina también los tenía azules, pero más oscuros, «como las aguas impenetrables del Atlántico», decía su padre. Los de Sabela eran claros y suaves, casi transparentes, con algunas motas oscuras. Su madre decía que se parecía a una princesa de Disney. Pero Irina también había espiado a su primo Breixo y a sus amigos, y lo que decían era que Sabela era la que tenía las tetas más grandes, y otras guarradas sobre su vestido de lana azul apretado. A ella, en cambio, la llamaban «tabla de surf», y decían que a las gimnastas nunca les crecían las tetas, que las profesionales tenían unos cuerpos horribles. Le preocupaba que no le crecieran.

—¡Estoy cagando! —gritó para que la dejaran en paz.

Cuando las chicas se alejaron, Irina pellizcó el culote para separarlo y quitarse algo de la arena pegada. Salió del agua en dirección a sus «osos», rápidamente trepó por la espalda de uno de ellos que olía a madera húmeda y a algas, y se dejó caer por el otro costado hasta quedarse sentada con la espalda apoyada en su lomo.

El vestido se humedeció también por la parte del culote al hacerlo.

Ahora estaba mojado y lleno de arena.

Su madre la reñiría, estaba empeñada en convertirla en lo que no era. Antes de la fiesta, entre toses, le había dicho: «Al menos, así vestida, tú también pareces una princesa, aunque tengas alma de mendiga».

Irina se sacudió la arena de las manos y rodeó las piernas con sus brazos. *No quiero ser ninguna princesa de Dis-*

ney como Sabela. Quiero ser gimnasta artística. Así se quedó un rato, con la barbilla apoyada sobre las rodillas frías y la mirada perdida en el fuego de las hogueras y en las carreras de los chicos que ahora se retaban para bañarse en el mar. Entre ellos estaba Santiago. ¿Por qué había tenido que declararse? La piel de su rostro se arrugó en un mohín infantil, contraída por la rabia y el llanto. Con las manos frías y llenas todavía de granos de arena mojada, se frotó unas lágrimas calientes que le caían por las mejillas. Golpeó la barca con el puño.

—¡Y tampoco quiero ser ninguna llorona! —gritó.

Algo se movió a su izquierda.

Y no era uno de sus osos.

Se quedó en tensión unos segundos, escuchando.

—¿Por qué lloras? —dijo al fin una voz áspera y desconocida en inglés.

Irina se incorporó para salir corriendo, pero se detuvo. Y *tampoco soy una cobarde*, pensó. Flanqueó la gamela y descubrió el cuerpo tendido de un desconocido, apoyado igual que estaba ella hacía solo un momento, pero mirando en dirección al acantilado. Le pareció mayor, tal vez unos treinta o treinta y cinco.

—¿Eres el camello de mi hermano Lucas?

El desconocido levantó la mirada.

—¿Qué? —preguntó, de nuevo en inglés.

—¿No hablas español? —dijo ella a su vez, en el mismo idioma.

—No. ¿Para qué?

Hablaba como si estuviera muy cansado. Su acento le recordó a cuando jugaba con su medio hermano Sagor y él hacía de jefe indio de una tribu imaginaria y daba órdenes escuetas, enfurruñado. Tal vez había llegado nadando hasta la playa, eso explicaría su ropa mojada. Llevaba unos vaqueros arremangados y, desabotonada, una camisa blanca. Pero no, eso era imposible con aquel frío. La luz de la luna apenas lo iluminaba, aunque sí lo suficiente para ver que

era guapo, de rasgos indios que también le recordaron a Sagor.

—¿Quién te ha invitado?

—Soy un viejo amigo de tu padre.

Irina miró hacia el pazo. Acababa de encenderse la luz del despacho de Ernesto.

—Me va a matar si se entera de que he bebido. —Sacudió su vestido como si así eliminase la embriaguez de su mente.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumplo trece en unas horas.

—¡Trece! Esto sí que es interesante. Como tu hermano el bastardo.

—No le llames bastardo. ¿Cómo sabes su edad?

—Me lo ha dicho un pajarito.

Irina se giró y se quedó con la pierna levantada igual que un gato que no sabe si irse o quedarse para satisfacer su curiosidad. El desconocido la agarró suavemente por el pie.

—Tienes razón: si tu padre te ve, te va a echar una buena bronca. No deberías beber. ¿Por qué llorabas?

Irina sacudió el pie y se libró de la mano del extraño, pero no se movió del sitio.

—¿De dónde eres?

—¿Siempre respondes con preguntas?

Irina levantó la barbilla y le miró de soslayo.

—Soy gallega, y estás en Mangata, mi playa. Yo hago las preguntas.

—¡Mangata! —se mofó él.

—¿Por qué te hace gracia? Te he preguntado que de dónde eres.

—De Bangladés. ¿Sabes dónde está?

Irina miró los pies del desconocido; no tenían uñas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Tarik.

—Qué nombre más raro.

—Guapa y divertida. Vamos, siéntate. No soy peligroso. Ella le ignoró y miró por encima de su hombro, hacia la hoguera.

—Está bien, vuelve a tu fiesta con tus amigos. Parece que se lo están pasando mejor que tú.

Irina estaba decidida a irse, pero entonces vio que dos chicos se acercaban en dirección a ellos.

—¡Maldición!

Se sentó rápidamente al lado de Tarik, apoyando la espalda contra la barca, y le hizo un gesto de silencio llevándose el dedo a los labios. Luego se quedó mirando al frente como si una araña gigante los fuese a devorar. Él la miró entre divertido y desconcertado, pero se encogió también y aguantó la risa. Los chicos pasaron por su lado sin verlos y caminaron hasta el rincón secreto de Irina.

—No está bien mirar a un hombre mientras hace sus necesidades —susurró Tarik, pero, al ver la cara de sorpresa y dolor de Irina, él mismo miró.

El chico más alto había cogido al otro de la cintura y tiraba de su cabeza hacia la suya para besarlo. Irina y Tarik miraban boquiabiertos los cuerpos abrazados, enmarcados en el corazón de la luna llena. A él se le escapó un «*Oh, my Allah!*», pero los chicos no le oyeron. Salieron corriendo, cogidos de la mano, en dirección a un lugar más oscuro y apartado de la playa, hasta perderse de vista.

—¿Amigos tuyos?

Irina negó con la cabeza.

—Hummm, ya. Pues, para no ser amigos tuyos, parece que te importa mucho lo que estaban haciendo.

Irina volvió a negar con la cabeza, al notar que se ruborizaba.

—No, claro que no. Bueno...

Se quedó un momento callada porque el desconocido le estaba salpicando arena a los pies con sus propios pies sin uñas.